

y púsose á escuchar lo que hablaban; y era que ciertos compañeros decían: «Si el capitán quiere ser loco é irse donde lo maten, váyase solo; no le sigamos.» Entonces llamó á dos amigos suyos, como por testigos, y dijoles que mirasen lo que estaban aquellos hablando; que quien lo osaba decir, lo osaría hacer; y asimismo oyó decir á otros por los corrales y corrillos, que había de ser lo de Pedro Carbonerote, que por entrar á tierra de moros á hacer salto, se había quedado allá muerto con todos los que con él fueron; por eso, que no le siguiesen, sino que se volviessen con tiempo. Mucho sentia Cortés oír estas cosas, y quisiera reprender y aun castigar á los que las trataban; pero viendo que no estaba en tiempo, acordó de llevarlos por bien, y hablóles á todos juntos de la manera siguiente:

Oración de Cortés á los soldados

«Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros á mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acrecentamiento de su santa fe, y para servir también á nuestro rey, y aun pensando hacer de nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros á mí hasta aquí: mas empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si á Dios place, acabada es ya, á lo menos entendido hasta dó puede llegar el daño que nos puede hacer. El bien que de ella conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza á nuestro pensamiento y palabras. No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras, que por su propia virtud, esfuerzo é industria han conquistado y descubierto, ni tal

concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia á su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huida; no hay huida, ó si la queréis colorar, retirada, que no cause á quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda la infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nación española no es de esa condición cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos de mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos á cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, á Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos, ni dineros ni honra, que ya veis que os tienen por más que hombres los de aquí, y por inmortales y aun por dioses, si decirse puede, pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados, como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto á las armas, ¿qué mayor bien queréis de ellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes, y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por sólo esto, no debíades buscar otros con quien guerrear. La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español hasta nosotros se alejó de ella tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Motezuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habéis oído, no hay más de veinte leguas; lo más, andado está, como veis, para llegar



allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro emperador y rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, mas aun también para nosotros propios muchas riquezas, oro, plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, mas ninguna otra ganó; porque cuánto mayor rey es este tras que andamos, cuánto más ancha tierra, cuánto más enemigos, tanto es más gloria nuestra, y ¿no habéis oído decir que cuánto más moros, más ganancia? Allende de todo esto, somos obligados á ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, no temáis ni dudéis de la victoria; que lo más hecho está ya. Vencisteis los de Tabasco y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallán, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis también, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que de estos más quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayáis y si me seguís.» Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algún mal le querían, comenzaron á honrarlo; y en conclusión, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. No fué poco necesario tantas palabras en este caso; porque, según algunos andaban ganosos de dar la vuelta, movieran un motín que le forzara tornar á la mar; y fuera tanto como nada cuanto habían hecho hasta entonces.

Cómo vino Xicotencatl por embajador de Tlaxcallán al real de Cortés

No habían bien acabado de despartirse platicando sobre lo arriba tratado, que entró por el real Xicotencatl, capitán general de aquella guerra, con cincuenta personas principales y honradas que le acompañaban. Llegó á Cortés, y saludáronse cada uno á fuer de su tierra; y sentados, le dijo cómo venía de su parte y de la de Maxixca, que es el otro señor más principal de toda aquella provincia, y de otros muchos que nombró, y en fin, por toda la república de Tlaxcallán, á rogarle los admitiese á su amistad, y á darse á su rey, y á que les perdonase por haber tomado armas y peleado contra él y sus compañeros, no sabiendo quién fuesen ni qué buscasen en sus tierras; y que si le habían defendido la entrada, era como á extranjeros y hombres de otra fación muy diferente de la suya, y tal, que jamás vieron su igual; y temiendo no fuesen de Motezuma, antiguo y perpetuo enemigo suyo, pues venían con él sus criados y vasallos; ó fuesen personas que quisiesen enojarlos y usurparles su libertad, que de tiempo inmemorial tenían y guardaban; y que por conservarla, como habían hecho todos sus antepasados, tenían derramada mucha sangre, perdida mucha gente y hacienda, y padecido muchos males y desventuras, en especial desnudez, porque como aquella su tierra era fría, no llevaba algodón; y así, les era forzado andarse como nacieron, ó vestir de hojas de metl; y asimismo no comían sal, cosa sin la cual ningún manjar tiene gusto ni buen sabor, como allí no se hacía; y que de estas dos cosas, sal y algodón, tan necesarias á la vida humana, carecían, y las tenían Motezuma y otros enemigos suyos de que estaban cercados; y como no alcanzaban oro ni piedras, ni las otras cosas preciadas á que tro-



carlas, tenían necesidad muchas veces de venderse para comprarlas. Las cuales faltas no tendrían si quisiesen ser sujetos y vasallos de Motezuma; pero que antes morirían todos que cometer tal deshonra y maldad, pues eran tan buenos para defenderse de su poderío, como habían sido sus padres y abuelos defendiéndose del suyo y de su abuelo, que fueron tan grandes señores como él, y los que sojuzgaron y tiranizaron toda la tierra; y que también ahora quisieran defenderse de los españoles, mas que no podían; aunque habían probado y echado todas sus fuerzas y gente, así de noche como de día, y hallábanlos fuertes é invencibles, y ninguna dicha contra ellos.

Por tanto, pues que su suerte era tal, querían antes estar sujetos á ellos que á otro ninguno; porque, según les decían los de Cempoallán, eran buenos, poderosos, y no venían á mal hacer; y según ellos habían conocido, en la guerra y batallas eran valentísimos y venturosos. Por las cuales dos razones confiaban de ellos que su libertad sería menos quebrada, sus personas, sus mujeres más miradas, y no destruídas sus casas ni labranzas; y si alguno los quisiese ofender, defendidos. Al cabo, en fin, de todo, le rogó mucho, y aun con los ojos arrasados, que mirase cómo nunca jamás Tlaxcallán reconoció rey ni tuvo señor, ni entró hombre nacido en ella á mandar, sino el que le llamaban y rogaban. No se podría decir cuánto se holgó Cortés con tal embajador y embajada; porque, allende de tanta honra como venir á su tienda tan gran capitán y señor á humillarse, era grandísimo negocio para su demanda, tener amiga y sujeta aquella ciudad y provincia, y haber acabado la guerra á mucho contentamiento de los suyos, y con gran fama y reputación para con los indios. Así que le respondió alegre y graciosamente, aunque cargándole la culpa del daño que había recibido su tierra y ejército, por no lo querer escuchar, ni dejar entrar en paz, como se lo rogaba y requería con los mensajeros de Cempoallán, que les envió de Zaclotán; pero que él les perdonaba dos

caballos que le mataron, el saltar que hicieron, las mentiras que le dijeron, peleando ellos y echando la culpa á otros; el haberle llamado á su pueblo para matarle en el camino sobre seguro y en celada, y no desafiándole primero, de valientes hombres como eran. Recibió el ofrecimiento que le hizo al servicio y sujeción del Emperador, y despidióle con que presto sería con él en Tlaxcallán, y que no iba luego por amor de aquellos criados de Motezuma.

El recibimiento y servicio que hicieron en Tlaxcallán  
á los nuestros

Mucho pesó en grande manera á los embajadores mejicanos la venida de Xicotencatl al real de los españoles, y el ofrecimiento que á Cortés hizo para su rey de las personas, pueblo y hacienda. Y dijéronle que no creyese nada de aquello, ni se confiase en palabras; que todo era fingido, mentira y traición, para cogerlo en la ciudad á puerta cerrada y á su salvo. Cortés les decía que aunque todo aquello fuese verdad, determinaba ir allá, porque menos los temía en poblado que en el campo. Ellos, como vieron esta respuesta y determinación, rogáronle que diese licencia á uno de ellos para ir á Méjico á decir á Motezuma lo que pasaba, y la respuesta de su principal recado, que dentro de seis días tornaría sin falta ninguna; y que hasta tanto no se partiese del real. Él se la dió, y esperó allí á ver qué traería de nuevo, y porque á la verdad, no se osaba fiar de aquellos sin mayor certinidad. En este medio tiempo iban y venían al real muchos de Tlaxcallán, unos con gallipavos, otros con pan, cuál con cerezas, cuál con ají, y todos lo daban de balde y con alegre semblante, rogando que se fuesen con ellos á sus casas. Vino pues el mejicano, como prometió, al sexto día, y trajo á Cortés



diez piezas y joyas de oro muy bien labradas y ricas, y mil y quinientas ropas de algodón, hechas á mil maravillas, y muy mejores que las otras mil primeras. Y rogóle muy ahincadamente de parte de Motezuma que no se pusiese en aquel peligro, confiándose de aquellos de Tlaxcallán, que eran pobres, y le robarían lo que él le había enviado, y le matarían por sólo saber que trataba con él. Vinieron asimismo todas las cabeceras y señores de Tlaxcallán á rogarle les hiciese tanto placer de irse con ellos á la ciudad, donde sería servido, proveído y aposentado; ca era vergüenza suya que tales personas estuviesen en tan ruines chozas; y que si no se fiaba de ellos, que viese cualquiera otra seguridad ó rehenes, y dárselas hían; pero que le prometían y juraban que podía ir y estar segurísimamente en su pueblo, porque no quebrantarían su juramento, ni faltarían la fe de la república, ni la palabra de tantos señores y capitanes, por todo el mundo. Así que, viendo Cortés tanta voluntad en aquellos caballeros y nuevos amigos, y que los de Cempoallán, de quien tenía muy buen crédito, le importunaban y aseguraban que fuese, hizo cargar su fardaje á los bastajes, y llevar la artillería, y partióse para Tlaxcallán, que estaba á seis leguas, con tanto orden y recado como para una batalla. Dejó en la torre y real, y donde había vencido, cruces y mojones de piedra. Salió tanta gente á recibirle al camino y por las calles, que no cabían de pies. Entró en Tlaxcallán á 18 de Setiembre; aposentóse en el templo mayor, que tenía muchos y buenos aposentos para todos los españoles, y puso en otros á los indios amigos que iban con él; puso también ciertos límites y señales para hasta do saliesen los de su compañía, y no pasasen de allí, so graves penas, y mandó que no tomasen sino lo que les diesen; lo cual muy bien cumplieron, porque aun para ir á un arroyo, tiro de piedra del templo, le pedían licencia. Mil placeres hacían aquellos señores á los españoles, y mucha cortesía á Cortés, y les proveían de cuanto menester habían para su co-

mida; y muchos les dieron sus hijas en señal de verdadera amistad, y porque naciesen hombres esforzados de tan valientes varones, y les quedase casta para la guerra; ó quizá se las daban por ser su costumbre ó por complacerlos. Parecióles bien á los nuestros aquel lugar y la conversación de la gente, y holgáronse allí veinte días, en los cuales procuraron saber particularidades de la república y secretos de la tierra, y tomaron la mejor información y noticia que pudieron del hecho de Motezuma.

#### De Tlaxcallán

Tlaxcallán quiere decir pan cocido ó casa de pan; ca se coge allí más centli que por los alrededores. De la ciudad se nombra la provincia, ó al revés. Dicen que primero se nombró Texcallán, que quiere decir casa de barranco: es grandísimo pueblo; está á orillas de un río que nace en Atlancatepec y que riega mucha parte de aquella provincia, y después entra en el mar del Sur por Zacatulián. Tiene cuatro barrios, que se llaman Tepeticpac, Ocotelulco, Tizatlán, Quiyahuiztlán. El primero está en un cerro alto, y lejos del río más de media legua; y porque está en sierra se dice Tepeticpac, que es Somosierra; el cual fué la primera población que allí hubo, y fué en alto á causa de las guerras. El otro está aquella ladera abajo hasta el río; y porque allí había pinos cuando se pobló, lo llamaron Ocotelulco, que es pinar. Era la mejor y más poblada parte de la ciudad; en donde estaba la plaza mayor, en que hacían su mercado, que llaman tianquiztli, y do tiene sus casas Maxixcacín. El río arriba en lo llano estaba otra puebla, que dicen Tizatlán por haber allí mucho yeso, en la cual residía Xicotencatl, capitán general de la república. El otro barrio está también en llano más río abajo; que por ser aguazal se dijo Quiyahuiztlán. Después que españoles



la tienen, se ha desvuelto casi toda y hecha de nuevo, y con muy mejores calles, y casas de piedra, y en llano á par del río. Es república como Venecia, que gobiernan los nobles y ricos. Mas no hay uno solo que mande, porque huyen de ello como de tiranía. En la guerra hay, según arriba dije, cuatro capitanes ó coroneles, uno por cada barrio de aquellos cuatro; de los cuales sacan el general. Otros señores hay que también son capitanes, pero de menor cuantía. En la guerra el pendón va detrás. Acabada la batalla ó alcance, hincanle donde todos lo vean. Al que no se recoge, pénanle. Tienen dos saetas, como reliquias de los primeros fundadores, que llevan á la guerra dos principales capitanes, valientes soldados, en las cuales agüeran la victoria ó la pérdida; ca tiran una de ellas á los enemigos que primero topan. Si mata ó hiere, es señal que vencerán, y si no, que perderán. Así lo decían ellos; y por ninguna manera dejan de cobrarla. Tiene esta provincia veintiocho lugares, en que hay ciento cincuenta mil vecinos. Son bien dispuestos, muy guerreros, que no tienen par. Son pobres, que no tienen otra riqueza ni granjería sino centli, que es su pan; del cual, allende de lo que comen, sacan para vestidos y tributos y para las otras necesidades de la vida. Tienen muchos cabos para mercados; pero el mayor, y que muchas veces en semana se hace, y en la plaza de Ocotelulco, es tal, que se llegan en él treinta mil personas y más en un día á vender y comprar, ó por mejor decir, á trocar; que no saben qué cosa es moneda batida de metal ninguno. Véndese en él, como acá, lo que han menester para vestir, calzar, comer, beber y fabricar. Hay toda manera de buena policía en él; porque hay plateros, plumajeros, barberos y baños; y ollereros, que hacen vasos muy buenos, y es tan buena loza y barro como lo hay en España. Es la tierra muy grasa para pan, para frutas y de pastos; ca en los pinares nace tanta y tal yerba, que ya los nuestros apacientan en ellos su ganado y herbajan sus ovejas; lo que acá no pueden. Á dos leguas de

la ciudad está una sierra redonda, que tiene de subida otras dos, y de cerco quince. Suele cuajar en ella la nieve. Llámase ahora de San Bartolomé, y antes de Matlalcueje, que era su diosa del agua. También tenían dios del vino, que llamaban Ometochtli, por sus muchas borracheras á su usanza. El ídolo mayor, y Dios principal suyo, es Comaxle, ó por otro nombre Mixcouatl; cuyo templo estaba en el barrio Ocotelulco; en el cual sacrificaban año había ochocientos y más hombres. Hablan en Tlaxcallán tres lenguas, nahutath, que es la cortesana, y la mayor de toda tierra de Méjico; la otra es de otomix, y ésta más se usa fuera que dentro de la ciudad. Un solo barrio hay que habla pinomex, y es grosera. Había cárcel pública, donde estaban los malhechores con prisiones. Castigaban lo que tenían por pecado. Avino entonces que un vecino hurtó á un español un poco de oro. Cortés lo dijo á Maxixca; el cual hizo su información y pesquisa con tanta diligencia, que le fueron á hallar á Chololla, que es otra ciudad cinco leguas de allí, y le trajeron preso y lo entregaron con el mismo oro, para que Cortés hiciese justicia de él como en España. Pero él no quiso, sino agradeciéoles la diligencia. Y ellos con pregón público que manifestaba su delito le pasaron por ciertas calles, y en el mercado, en uno como teatro, lo descocotaron con una porra; de que no poco se maravillaron los españoles.

La respuesta que dieron á Cortés los de Tlaxcallán sobre  
dejar sus ídolos

Viendo pues que guardaban justicia y vivían en religión, aunque diabólica, siempre que Cortés les hablaba, les predicaba con los farautes, rogándoles que dejasen los ídolos y aquella cruel vanidad que tenían matando y comiendo hombres sacrificados, pues ninguno de todos ellos quería



ser muerto ni así comido, por más religioso ni santo que fuese; y que tomasen y creyesen el verdadero Dios de cristianos que los españoles adoraban, que era el criador del cielo y de la tierra, y el que llovía y criaba todas las cosas que la tierra produce, para sólo el uso y provecho de los mortales. Unos les respondían que de grado lo hicieran, siquiera por complacerle, sino que temían ser apedreados del pueblo. Otros, que era recio descreer lo que ellos y sus antepasados tantos siglos habían creído, y sería condenarlos á todos y á si mismos. Otros, que podría ser que andando el tiempo lo harían, viendo la manera de su religión, entendiendo bien las razones para que debían hacerse cristianos, y conociendo mejor y por entero el vivir de los españoles, las leyes, las costumbres y las condiciones; porque cuanto á la guerra, ya tenían conocido que eran invencibles hombres, y que su dios les ayudaba bien. Cortés á esto les prometió que presto les daría quien les enseñase y doctrinase, y entonces verían la mejoría, y el grandísimo fruto y gozo que sentirían si tomasen su consejo, que como amigo les daba; y pues al presente no podía hacerlo, por la prisa de llegar á Méjico, que tuviesen por bueno que en aquel templo donde tenía su aposento, hiciese iglesia para en que él y suyos orasen, é hiciesen sus devociones y sacrificio, y que podían también ellos venir á verlo. Diéronle la licencia, y aun vinieron muchos á oír la misa que se decía cada día de los que allí estuvo, y á ver las cruces y otras imágenes que se pusieron allí y en otros templos y torres. Hubo asimismo algunos que se vinieron á vivir con los españoles, y todos los de Tlaxcallán les mostraban amistad; pero el que más de veras y como señor se mostró ser amigo, fué Maxixca, que no se partía de Cortés, ni se hartaba de ver ni oír á los españoles.

#### La enemistad entre mejicanos y tlascaltecas

Conociendo pues cuán de buena gana hablaban y conversaban, les preguntaron por Motezuma, y cuán gran rico y señor era. Ellos lo encarecieron grandemente y como hombres que lo habían probado, y que, según afirmaban, había noventa ó cien años que tenían guerra con él y con su padre Axaxaca y con otros sus tíos y abuelo; y decían que el oro y plata y las otras riquezas y tesoros que aquel rey tenía eran más que ellos podían decir, según todos contaban. El señorío que tenía era de toda la tierra que ellos sabían. La gente innumerable, ca juntaban doscientos y trescientos mil hombres para una batalla; y si quisiese, que juntaría doblados; y que de eso eran ellos buenos testigos, por haber muchas veces peleado con ellos. Engrandecían tanto las cosas de Motezuma, especialmente Maxixcacín, que deseaba que no se metiesen en peligro entre los de Culúa, que no acababan, y que muchos españoles sospechaban mal. Cortés les dijo que estaba determinado, con todo aquello que oía, de llegar á Méjico á ver á Motezuma; por tanto, que viesen lo que mandaban que negociase con él de su parte y provecho, que lo haría, como les era en obligación, porque tenía por cierto que Motezuma haría por él lo que le rogase. Ellos le rogaron por licencia para sacar algodón y sal, que había que no la comían á derechas aquellos años que las guerras duraran, sino era alguno de ellos, que ó la compraba á escondidas ó de algunos vecinos amigos, á peso de oro; porque Motezuma mataba al que la vendía y sacaba fuera de sus reinos para se la vender á ellos. Preguntando qué fuese la causa de aquellas guerras y ruin vecindad que Motezuma les hacía, dijeron que enemistades viejas y amor de la libertad y exención. Mas, según los embajadores afirmaban, y á lo



que después Motezuma dijo, y otros muchos en Méjico, no era así, sino por otras razones muy diversas, si ya no decimos que cada uno alegaba de su derecho, justificando su partido; y eran las razones, porque los mancebos mejicanos y de Culúa ejercitasen las personas en la guerra allí cerca, sin ir lejos á Pánuco y Tecoantepec, que eran fronteras muy aparte; y también por tener allí siempre gente que sacrificar á sus dioses, tomada en guerra; y así, para hacer fiesta y sacrificio enviaba luego á Tlaxcallán ejército á cautivar hombres cuantos había menester para aquel año; que averiguado está que si Motezuma quisiera, en un día los sujetara y matara todos, haciendo la guerra de veras; pero como no quería sino cazar hombres para sus dioses y bocas, no enviaba sobre ellos sino pocos; y así, algunas veces los vencían los de Tlaxcallán. Gran placer tomaba Cortés en ver la discordia, las guerras y contradicción tan grande entre aquellos sus nuevos amigos y Motezuma, que era muy á su propósito, creyendo por aquella vía sojuzgar más aina á todos; y así, trataba con los unos y con los otros en secreto, por llevar el negocio bien de raíz. Á todas estas cosas estaban muchos de Huexocinco que habían sido en la guerra contra los nuestros. Iban y venían á su ciudad, que asimismo es república, á la manera de Tlaxcallán, y tan amiga y unida con ella, que son una misma cosa para contra Motezuma, que los tenía opresos también, y para las carnicerías de sus templos de Méjico; y diéronse á Cortés para el servicio y vasallaje del emperador.

El solemne recibimiento que hicieron á los españoles  
en Chololla

Los embajadores de Motezuma dijeron á Cortés que pues todavía determinaba ir á Méjico, que se fuese por Chololla, cinco leguas de Tlaxcallán; que eran los de aque-

lla ciudad amigos suyos, y allí esperaría mejor la resolución de la voluntad del señor, si era que entrase en Méjico ó no; lo cual decían por sacarle de allí, que certísimamente pesaba mucho á Motezuma ver la paz y amistad tan grande entre tlaxcaltecas y españoles. temiendo que de allí había de resurtir cualquier mal golpe que lo lastimase; y para que lo hiciese dábanle siempre alguna cosa; que era cebarlo para ir más presto allá. Los de Tlaxcallán deshacíanse de enojo, viendo que quería ir á Chololla, y diciendo que Motezuma era un engañador, tirano, fementido, y Chololla amiga suya, aunque desleal; y que podría ser que le enojasen cuando allá dentro lo tuviesen, y le hiciesen guerra. Por eso, que lo mirase bien; y que si acordaba de ir, que le daría cincuenta mil personas que le acompañasen. Aquellas mujeres que dieron á los españoles cuando entraron, entendieron una trama que se hacía para matarlos en Chololla con medio de uno de aquellos cuatro capitanes; una hermana del cual lo descubrió á Pedro de Alvarado, que la tenía. Cortés luego habló con aquel capitán, y con palabras le sacó fuera de su casa, y le hizo ahogar sin ser sentido, ni sin otra alteración ni movimiento; y así no hubo escándalo ninguno, y se atajó la trama. Fué maravilla no revolverse Tlaxcallán siendo muerto así aquel tan principal caballero en la república. Pesquisóse la casa después, y averiguóse que era verdad cómo había enviado á Chololla Motezuma más de treinta mil soldados, y que estaban á dos leguas en guarnición para el efecto, y que tenían tapadas las calles, en las azoteas muchas piedras, el camino real cerrado, y hecho otro de nuevo con grandes hoyos, y por él hincados muchos palos agudos en que se mancasen los caballos y no pudiesen correr; y que los tenían cubiertos de arena porque no los vieses aunque fuesen á descubrir delante. Creyólo también porque no habían venido ni enviado los de allí á verle ni á ofrecerse á nada, como habían hecho los de Huexocinco, que allí cerca estaban. Entonces, á consejo de los



de Tlaxcallán, envió á Chololla ciertos mensajeros á llamar á los señores y capitanes. Mas no vinieron, sino enviaron tres ó cuatro á excusarse por estar enfermos, y á ver lo qué quería. Los de Tlaxcallán dijeron cómo aquellos eran hombres de poca suerte, y tal parecían ellos; y que no se partiese sin que primero viniesen allí los capitanes. Tornó á enviar los mismos mensajeros con mandamiento por escrito que si no venían dentro de tercero día, que los tendría por rebeldes y enemigos, y como á tales los castigaría rigurosamente. Á otro día vinieron muchos señores y capitanes de Chololla á disculparse, por ser los de Tlaxcallán sus enemigos, y no poder estar seguros en su pueblo y porque sabían el mal que de ellos le habían dicho; pero que no los creyese, que eran unos falsos y crueles; y que se fuesen con ellos á su lugar, y vería cuán burla era todo lo que le decían aquellos, y ellos cuán buenos y leales. Y tras esto, diéronseles para servirle y contribuir como súbditos. Y todo esto hizo Cortés que pasase por ante escribano é intérpretes. Despidióse Cortés de los de Tlaxcallán. Lloraba Maxixca de verlo ir. Saliéron con él cien mil hombres de guerra. Fueron también con él muchos mercaderes á rescatar sal y mantas. Mandó Cortés que siempre fuesen aquellos cien mil por sí, aparte de los suyos. No llegó aquel día á Chololla, sino quedóse en un arroyo, donde vinieron muchas personas de la ciudad á rogarle con mucha instancia que no consintiese á los de Tlaxcallán hacerles daño en su tierra ni mal en las personas. Y por esto Cortés les hizo volver á sus casas á todos, sino fueron cinco ó seis mil, aunque muy contra su voluntad; y avisándole que se guardase de aquella mala gente, que no era de guerra, sino mercaderes y hombres que mostraban un corazón y tenían otro; y que no le quisieran dejar en peligro, pues ya se le dieron por amigos. Otro día por la mañana llegaron nuestros españoles á Chololla. Saliéronlos á recibir en escuadrones más de diez mil ciudadanos, muchos de los cuales traían pan, aves ó rosas. Llegaba

cada escuadrón, como venía á dar á Cortés la enhorabuena de la venida, y apartábase para que llegase otro. Entrando por la ciudad, salió la demás gente saludando á los españoles, como iban en hila, maravillados de ver tal figura de hombres y de caballos. Tras éstos salieron luego todos los religiosos, sacerdotes y ministros de los ídolos, que eran muchos y de ver, vestidos de blanco como con sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, y por orlas madejas de algodón hilado. Unos traían cornetas, otros huesos, otros atabales; quien traía braseros con fuego, quien ídolos cubiertos, y todos cantando á su manera. Llegaron á Cortés y á los otros españoles; echaban cierta resina y copalli, que huele como incienso, é incensábanlos con ello. Con ésta pompa y solemnidad, que por cierto fué grande, los metieron en la ciudad, y los aposentaron en una casa, do cupieron á placer, y les dieron aquella noche á cada uno un gallipavo, y á los de Tlaxcallán, Cempoallán, Iztacmixtlitán pusieron por su cabo y proveyeron.

#### Cómo los de Chololla trataron de matar los españoles

Pasó la noche Cortés muy sobre aviso y á recaudo, porque por el camino y en el pueblo hallaron algunas señales de lo que en Tlaxcallán le dijeran; y más que, aunque la primera noche los proveyeron á gallina por barba, los otros tres días siguientes no les dieron casi nada de comida, y muy pocas veces venían aquellos capitanes á ver los españoles; de que tomaba mala espina. En aquel tiempo le hallaron no sé cuántas veces aquellos embajadores de Motezuma para estorbarle la ida á Méjico; unas veces diciéndole que no fué allí, que el gran señor se moriría de miedo si le viese, otras que no había camino para ir, otras que á qué iba, pues no tenía de qué mantenerse; y aun



también, como vieses que á todo esto les satisfacía con buenas palabras y razones, echáronle de manga á los del pueblo, que le dijese cómo do Motezuma estaba había lagartos, tigres, leones y otras muy bravas fieras. Que siempre que el señor las soltase, bastaban para despedazar y comerse á los españoles, que eran poquitos. Y visto que tampoco esto aprovechaba nada con él, tramaron con los capitanes y principales de matar los cristianos. Y porque lo hiciesen prometiéronles grandes partidos por Motezuma. Y dieron al Capitán General un atambor de oro, y que traerían los treinta mil soldados que á dos leguas estaban. Los cholollanos prometieron de atarlos y entregárselos. Pero no consintieron que entrasen aquellos soldados de Culúa en su pueblo, temiendo que con aquel achaque no se alzasen con él, que solían ser mañas de mejicanos; y dicen que pensaban de un tiro matar dos pájaros, ca tenían creído tomar durmiendo á los españoles y quedarse con Chololla; y que si no pudiesen atarlos dentro de la ciudad, que los llevasen por otro camino, que no el real para Méjico, sobre la mano izquierda; en el cual había muchos malos pasos, que se hacían en él por ser tierra arenisca, y que tenía tal barranco comido de las aguas, que era de veinte y de treinta y aun de más estados en hondo, y que allí los atarían y llevarían atados á Motezuma. Concluido pues el concierto, comienzan de alzar el hato, y sacar fuera á la sierra los hijos y mujeres. Estando ya los nuestros para partirse de allí, por el ruin tratamiento que les hacían y mal talante que les mostraban, avino que una mujer de un principal, que de piadosa, ó por parecerle bien aquellos barbudos, dijo á Marina de Viluta que se quedase allí con ella, que la quería mucho, y le pesaría que la matasen con sus amos. Ella disimuló la mala nueva, y sacóle quién y cómo la tramaban. Corrió luego á buscar á Jerónimo de Aguilar, y juntos dijéronselo á Cortés. Él no se durmió, sino hizo de presto tomar un par de vecinos, que examinados, le confesaron la verdad de lo

que pasaba, como aquella señora dijera. Difirió por esto la partida dos días para enfriar el negocio y para desviar á los de allí de aquel mal propósito, ó castigarlos. Llamó á los que gobernaban, y dijoles que no estaba satisfecho de ellos; y rogóles que ni mintiesen ni anduviesen con él en mañas, que le pesaba de ello mucho más que si le desafiasesen para batalla; porque de hombres de bien era pelear, y no mentir. Ellos respondieron que eran sus amigos y servidores, y que lo serían siempre; y que ni le mentían ni mentirían, sino que antes les dijese cuándo quería partir, para irle á servir y acompañar armados. Él les dijo que otro día, y que no quería más de algunos esclavos para llevar el fardaje, que venían ya cansados sus tames, y alguna cosa de comer. De esto postrero se sonreían, diciendo entre dientes: «¿Para qué quieren comer éstos, pues presto les tienen de comer á ellos en aji cocidos, y si Motezuma no se enojase, que los quiere para su plato, aquí los habríamos comido ya?»

#### El castigo que se hizo en los de Chololla por su traición

Así que, otro día de mañana, muy alegres, pensando que tenían bien entablado su juego, hicieron venir muchos para llevar el hato, y otros con hamacas para llevar los españoles, como en andas, creyendo tomarlos en ellas. Vinieron eso mismo cantidad de hombres armados, de los muy valientes, para matar al que se rebullese; y los sacerdotes sacrificaron á su Quezalcouath diez niños de á tres años, las cinco hembras; costumbre que tenían comenzando alguna guerra. Los capitanes se pusieron disimuladamente á las cuatro puertas del patio y aposento de los españoles, con algunos que traían armas. Cortés muy calladamente apercibió de mañanica á los de Tlaxcallán y Cempoallán y los otros amigos. Hizo estar á caballo los



suyos, y dijo á los demás españoles que meneasen las manos sintiendo una escopeta, que les iba la vida en ello; y como vió que los del pueblo se iban llegando, mandó que llamasen á su cámara los capitanes y señores; que se quería despedir de ellos.

Vinieron muchos, pero no dejó entrar sino hasta treinta, que le pareció, por lo que antes había visto, ser los principales, y díjoles que siempre les había dicho verdad, y que ellos á él mentira, con habérselo rogado y avisado; y que porque le rogaron, aunque con dañada intención, que no entrasen los de Tlaxcallán en su pueblo, lo hiciera de grado, y aun también mandara á los de su compañía que no les hiciesen mal ninguno, y magüer que no le habían dado de comer, como razón fuera, no había consentido que los suyos les tomasen ni aun una gallina, y que en pago de aquellas buenas obras tenían concertado de matarle con todos los suyos. Y ya que dentro en casa no podían, allá fuera en el camino, á los malos pasos por do le querían guiar, ayudándose de los treinta mil hombres de las guarniciones de Motezuma, que estaban á dos leguas. Pues por esta maldad, dijo, moriréis todos; y en señal de traidores, se asolaría la ciudad, á no quedar memoria; y pues ya lo sabía, no tenían para qué negarle la verdad. Ellos se maravillaron terriblemente: mirábanse unos á otros, más encendidos que las brasas, y decían: «Este es como nuestros dioses, que todo lo sabe; no hay para qué negárselo.» Y así, confesaron luego que era verdad delante los embajadores, que estaban también allí. Apartó sin esto cuatro ó cinco por sí, que no los oyesen aquellos mejicanos, y contaron todo el hecho de la traición desde su principio, y entonces dijo á los embajadores cómo aquellos de Chololla le querían matar, á inducimiento suyo, por parte de Motezuma; mas que no lo creía, porque Motézuma era su amigo y gran señor, y los grandes señores no solían mentir ni hacer traiciones, y que quería castigar aquellos bellacos traidores y fementidos. Pero que ellos no temie-

sen, que eran inviolables, como personas públicas y enviados de rey, á quien tenía de servir, y no enojar; y que era tal y tan bueno, que no mandaría así fea é infame cosa. Todo esto decía por no descompadrar con él hasta verse dentro en Méjico. Mandó matar algunos de aquellos capitanes, y los demás dejó atados. Hizo disparar la escopeta, que era la seña, y arremetieron con gran ímpetu y enojo todos los españoles y sus amigos á los del pueblo. Hicieron como en el estrecho en que estaban, y en dos horas mataron seis mil y más. Mandó Cortés que no matasen niños ni mujeres. Pelearon cinco horas, porque, como estaban armados los del pueblo y las calles con barreras, tuvieron defensa. Quemaron todas las casas y torres que hacían resistencia. Echaron fuera toda la vecindad; quedaron tintos en sangre. No pisaban sino cuerpos muertos. Subiéronse á la torre mayor, que tiene ciento veinte gradas, hasta veinte caballeros, con muchos sacerdotes del mismo templo; los cuales con flechas y cantos hicieron mucho daño; fueron requeridos, y no rendidos; y así, se quemaron con el fuego que les pusieron, quejándose de sus dioses cuán mal lo hacían en no ayudarlos, ni defendiendo su ciudad y santuario. Saqueóse la ciudad. Los nuestros tomaron el despojo de oro, plata y pluma, y los indios amigos mucha ropa y sal, que era lo que más deseaban, y destruyeron cuanto posible les fué, hasta que Cortés mandó que cesasen. Aquellos capitanes que presos estaban, viendo la destrucción y matanza de su ciudad, vecinos y parientes, rogaron con muchas lágrimas á Cortés que soltase algunos de ellos para ver qué habían hecho sus dioses de la gente menuda; y que perdonase á los que vivos quedaban, para tornarse á sus casas, pues no tenían tanta culpa de su daño cuanta Motezuma, que los sobornó. Él soltó dos, y al otro siguiente día estaba la ciudad que no parecía que faltara hombre; y luego, á ruegos de los de Tlaxcallán, que tomaron por intercesores, los perdonó á todos y soltó los presos, y dijo que otro tal castigo y daño



haría donde le mostrasen mala voluntad, y le mintiesen y urdiesen aquellas traiciones; de que no pequeño miedo les quedó á todos. Hizo amigos á estos de Chololla, con los de Tlaxcallán, como ya en tiempo pasado solían ser, sino que Motezuma y los otros reyes antes de él los habían enemistado con dádivas y palabras, y aun por miedo. Los de la ciudad, como era muerto su general, criaron otro de licencia de Cortés.

#### Chololla santuario de indios

Es Chololla república como Tlaxcallán, y tiene uno que es capitán general ó gobernador, que todos eligen. Es lugar de veinte mil casas dentro de los muros, y fuera, por los arrabales, de otras tantas. Por defuera es de las más hermosas que puedan ser á la vista. Muy torreada, porque hay tantos templos, á lo que dicen, como días en el año; y cada uno tiene su torre, y algunos más; y así, contaron cuatrocientas torres. Hombres y mujeres son de gentil disposición y gestos, y muy ingeniosos; ellas grandes plateras, entalladoras y cosas así. Ellos muy sueltos, belicosos y buenos maestros de cualquier cosa. Andan mejor vestidos que los de hasta allí, ca traen, sobre otras ropas, unos como albornoces moriscos, sino que tienen maneras. El término que alcanzan en llano es graso y de gentiles labranzas, que se riegan, y tan lleno de gente, que no hay un palmo vacío; á cuya causa hay pobres que piden por las puertas; que no lo habían visto hasta entonces por aquella tierra. El pueblo de mayor religión de todas aquellas comarcas es Chololla, y el santuario de los indios, donde todos iban en romería y á devociones, y así tenía tantos templos. El principal era el mejor y más alto de toda la Nueva-España, que subían á la capilla por ciento veinte gradas. El ídolo mayor de sus dioses llaman Que-

zalcouath, dios del aire, que fué el fundador de la ciudad; virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no sacrificasen sino codornices, palomas y cosas de caza. Nunca se vistió sino una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces coloradas. Tienen ciertas piedras verdes, que fueron suyas, como por reliquias. Una de ellas es una cabeza de mona muy al propio. Esto se puede entender en poco más de veinte días que allí estuvieron nuestros españoles. Iban y venían en este tiempo tantos á contratar, que ponían admiración, y una de las cosas de ver que en los mercados había, era la loza, hecha de mil maneras y colores.

#### Del monte que llaman Popocatepec

Está un monte ocho leguas de Chololla, que llaman Popocatepec, que quiere decir sierra de humo, porque rebosa muchas veces humo y fuego. Cortés envió allá diez españoles, con muchos vecinos que los guiasen y llevasen de comer. Era la subida áspera y embarazosa. Llegaron hasta oír el ruido; mas no osaron subir á lo alto á verlo, porque temblaba la tierra, y había tanta ceniza, que impedía el camino; y así, se querían tornar. Pero los dos que debían ser más animosos ó curiosos, determinaron de ver el cabo y misterio de tan admirable y espantoso fuego, y por dar alguna razón á quien los enviaba, no los tuviese por medrosos y ruines; y así, aunque los demás no quisieran, y las guías los atemorizaban, diciendo que nunca jamás lo habían hollado pies ni visto ojos humanos, subieron allá por medio de la ceniza, y llegaron á lo postrero por debajo de un espeso humo. Miraron un rato y figuróseles que tenía media legua de boca aquella concavidad, en que retumbaba el ruido, que estremecía la sierra, y poco hondo,